



INFRAMUNDO
(EXPLORACIONES Y CASOS)

J. A. Moreno

Dreams are truthful manifestations. When I occasionally have dreams of dying in battle or committing seppuku, if I brace myself with courage, my frame of mind within the dream gradually changes. This concerns the dream I had on the night of the twenty- seventh day of the fifth month.

—Yamamoto Tsunetomo, *Hagakure*

The power of the dead is that we think they see us all the time. The dead have a presence. Is there a level of energy composed solely of the dead? They are also in the ground, of course, asleep and crumbling. Perhaps we are what they dream.

—Don DeLillo, *White Noise*

Para Mónica y Mauricio

EXPLORACIONES

1 BUCLE

— Intentémoslo una vez más.

— Está bien.

— Empiece desde el principio. Dígame lo primero que recuerda.

— Estoy dormido. Eso es lo primero.

— Claro, pero qué ve.

— Estoy en su casa.

— ¿Estoy ahí?

— Está usted. También está su perro. Me sorprende ver de nuevo a su perro. Sé que está muerto pero lo veo ahí y lo saludo. El perro se acerca.

— ¿Y no lo sorprende verme?

— Estoy acostumbrado.

— Siga: entonces yo le digo algo.

— Sí. Me dice algo.

-
- Qué le digo.
- Me dice que tiene algo importante para mí.
- ¿Cómo lo digo?
- Me dice: “Tengo algo importante para usted.”
- ¿Y usted qué responde?
- Yo digo: “Lo sé”. Pero miento. No sé por qué digo que lo sé. Realmente no tengo idea. No sé qué tiene para mí.
- Pero lo sospecha.
- Eso sería aventurarse demasiado en mi subconsciente. A posteriori naturalmente lo sospecho. A posteriori sé exactamente lo que va a pasar. En ese momento, sin embargo, no sé nada.
- ¿Y qué pasa después?
- Después usted me dice que quiere que me lleve algo suyo. “Antes de irme”, me dice, “quiero que se lleve algo mío”.
- ¿Usted sabe a dónde me voy?
- ¿En el sueño? No.
- ¿Qué siente cuando le digo que me voy?
- Me angustia, pero sé que es lo mejor para los dos.
- ¿Todavía lo angustia?
- Creo que sí, aunque no tanto como antes. Ya me acostumbré a saber que no va a estar más.
- Todo es más fácil con el tiempo.
- Antes la odiaba. No quería odiarla pero la odiaba.

-
- Me enteré. Me hizo gracia.
- A veces me parece que usted no entiende lo que yo siento por usted.
- No creo que entender sea la palabra que usted quiere usar.
- Está suficientemente cerca. Usted no entiende.
- Usted espera demasiado de mí.
- Yo sólo quiero que no se vaya.
- Pero ya me fui.
- Yo sé.
- No fue tan difícil al final.
- No.
- ¿Hace cuánto me fui?
- Un año y cinco meses.
- Pensé en escribirle alguna vez.
- ¿Qué me hubiera dicho?
- Estaba en Bogotá. Tenía una tarde libre. Le quería preguntar a dónde iba. “Guíeme”, le iba a decir.
- Usted conoce Bogotá mejor que yo. No me necesita para eso.
- Usted me preguntó qué le hubiera dicho. Eso fue lo que pensé escribirle.
- ¿Y por qué no lo hizo?
- Porque me siento mal por lo que le hice.

-
- ¿Todavía?
- Siempre.
- Debí haberme dicho que se iba.
- Usted sabe por qué no lo hice.
- Ese es su consuelo, no el mío.
- ¿Cuál es el suyo?
- Mi consuelo es que cuando usted se murió yo ya no la quería lo suficiente como para que su muerte me doliera de verdad.
- Ese es un buen consuelo.
- Es el mejor que tengo.

2 POLHEIM

Victory awaits him who has everything in order – luck, people call it. Defeat is certain for him who has neglected to take the necessary precautions in time; this is called bad luck.
—Roald Amundsen, *The South Pole*

5. LA RAZÓN DE NUESTROS CÁLCULOS

Quinto reporte desde La Estación. El gato negro ha muerto. Los medidores siguen funcionando. Desde mi ventana por las mañanas veo los osos. A veces se acercan y se asoman. No estoy seguro de que me vean. Los vidrios polarizados nos protegen. Enterramos al gato negro en el invernadero, junto a los pepinos. Porta leyó unas palabras y luego se retiró a su habitación. No ha salido desde entonces. El gato era más suyo que del resto. Dormía con él. Parece que llevaba varios días vomitando, con dolor, gimiendo. Olivares le había dicho a Porta que

era mejor dormirlo, pero Porta no lo permitió. Así no, dijo. No esta vez. La actitud reciente de Porta me recuerda la de los días tras la partida de la doctora Niño, cuando pensamos que El Proyecto estaba llegando a su cierre y Porta empezó a fumar y beber más de la cuenta. Olivares me contó que durmió una noche junto a él. Él se lo pidió. Le dijo que necesitaba compañía. La abrazó y no paraba de llorar, incluso cuando estaba dormido. Lo extraño es que con Niño nunca se la llevó bien. Discutían todo el tiempo. Pronto quedó claro que tendríamos que decidir entre uno de los dos. Me quedé con Porta. Fue mi elección y mi responsabilidad. Por eso ahora Olivares me culpa de lo que ha pasado, aunque en el fondo sabe que de Porta no podemos disponer. Al menos no como nos deshicimos de Niño. Porta es nuestra cápsula de escape. Sin él no tendremos chance de sobrevivir en la estepa cuando llegue el momento de evacuar.

7. LA SIMPLICIDAD DEL MODELO

Séptimo reporte. Porta lleva dos semanas encerrado. Olivares dice que sale de noche, mientras dormimos, para aprovisionar su despensa. Sea como sea, el queso en la nevera ha desaparecido, al igual que los restos de la última cosecha de tomate. Ayer en una reunión con el equipo alguien (¿Cardona?)

sugirió sedar a Porta y someterlo al protocolo veinticuatro, pero el riesgo de perderlo es alto y, como agrega Olivares, Porta es Porta. Pasando a otros asuntos, el equipo de exploración encontró un nido vacío dos leguas al nororiente de La Estación. El cluster de sensores fue emplazado y activado. La señal es nítida pero los datos no son concluyentes. Nuevas exploraciones serán necesarias. Olivares ha pedido autorización para salir la próxima vez. Su solicitud ha sido, naturalmente, denegada.

10. REMOCIÓN DE SINGULARIDADES

Décimo reporte desde La Estación. Malas noticias: Anoche un oso logró escabullirse dentro del complejo usando un ducto de ventilación. Cardona, que estaba de guardia, tuvo que disparar. Los daños son irreparables. La sala de procesadores resultó afectada y hemos perdido un 35 % de capacidad de cálculo. Esto, sin duda, repercutirá en el desarrollo de El Proyecto. Los gritos de Olivares me despertaron y corrí a la sala, donde estaba el resto del equipo. Cuando llegué el oso todavía estaba vivo, tosía y escupía babaza. Cinco balazos no fueron suficientes. Porta estaba junto a mí. Es la primera vez que lo veo en cinco semanas. Está barbado y huele mal. Cuando Cardona intentó ofrecerme un reporte del incidente Porta lo detuvo y le pidió que volviera a disparar una vez más. A la cabeza esta vez.

Cardona miró a la bestia, le dijo “Lo siento”, disparó. Son realmente inmensos. Nunca había visto uno tan de cerca. Parecen labradores gigantes con sobrepeso. Tembló un poco y luego se relajó. No hubo gemidos ni gruñidos. Se fue como nos vamos todos, con los ojos abiertos. Si los osos huelen su sangre habrá problemas, nos advirtió Porta. Olivares ha desactivado el sistema de ventilación mientras nos deshacemos de los restos. Esto puede tardar varios días. Porta regresó a sus aposentos tras el incidente pero nos acompañó hoy al desayuno.

10BIS. EL RESIDUO CHINO

Adenda al reporte número diez. Oso mandarín. Creación conjunta de Olivares, Cardona y Manríquez. Ingredientes (Veinte Porciones): Trece libras de carne tierna de oso, preferiblemente del pernil o del costado. Tres tazas de salsa de soya negra. Dos tazas de cebolla picada. Siete dientes de ajo finamente picados. Cuatro pulgadas de gengibre picado y exprimido. Dos cucharadas de canela molida. Dos cucharadas de clavo molido. Media cucharada de pimienta negra molida. Preparación: Lave cuidadosamente la carne y córtela en trozos largos, de aproximadamente dos pulgadas. Combine la salsa de soya con las cebollas, el ajo y el gengibre. Marine la carne en esta mezcla por una hora, removiendo regularmente. Retire las piezas de oso

de la mezcla y móntelas en una bandeja para hornear previamente engrasada. Combine la canela, los clavos y la pimienta. Espolvoree sobre el oso. Hornee a 350 grados Fahrenheit por aproximadamente dos horas y media. Sirva con arroz blanco y ensalada china (Ver Manual de Referencia #12, pp. 34-35.)

Porta se rehusó a probarlo.

14. PRECONSCIENCIA

Décimo cuarto reporte. Recibimos la orden de iniciar el proceso de desalojo del complejo. El instructivo asegura que tomará cuatro semanas, por lo menos. No estoy seguro de poder confiar en Porta para lo que resta. No está bien, eso es claro. Insistió en conservar la piel del muerto y hace un rato Cardona me ha contado que lo ha visto hablando con los osos que se asoman por las ventanas. Aprovechando que ha salido a calibrar un barómetro en la estación de instrumentación, hemos entrado a su habitación. La piel reseca del oso muerto cuelga de su puerta. Sobre la cama cuidadosamente tendida encontramos un cuaderno de notas donde lleva lo que parece ser un diario. A continuación transcribo apartes de su contenido.

Tras la emboscada, entre los cuerpos de mis padres y mis hermanos todavía tibios encuentro mi destino. Entiendo, por fin, qué quería decir el abuelo cuando alguna vez me llevó a

lo más alto del cerro y me enseñó el valle, el curso del río en la distancia, los asentamientos junto al río, la amenaza de los hombres.

[...] Sigo la voz de mi abuelo, permito que me guíe. Me sumerjo en el río, hasta lo más hondo, y dejo que el agua me asfixie hasta perder conciencia de mi mismo. Cuando abro los ojos estoy en la recámara, con la mujer en mis brazos, lamo su espalda hasta despertarla.

[...] Conozco sus palabras, tengo un nombre, tengo un pasado superpuesto al mío. Trazas de fuego en la ciudad. Aullidos de partida. Una instancia de mí mismo que me antecede y comanda. Este es ahora mi lugar. No puedo regresar.

20. SUCESIÓN INDISCERNIBLE

Reporte número veinte. Escribo todavía desde la tercera cueva. Podría ser la primera de nuevo, no hay manera de saberlo. Todas son iguales. El calor es insoportable. Durante la última semana hemos visto a Porta sólo dos veces. Sale a cazar y regresa con agua y lonjas de carne fresca y muy tierna que asamos en una pequeña hoguera. La primera vez pasó la noche con nosotros. Nos habló de la guerra. Nos habló de la noticia de un hombre que llevaba quince años en una base militar abandonada protegiéndola, convencido de que la guerra no había terminado y alimentándose de la jauría de perros que había

criado. Así nos sentimos todos a veces, dijo. ¿No les parece? Olivares sigue atenta al radio, pero aún no hay noticia del segundo equipo de exploración. Cardona calcula que a dos días de camino, directo al norte de nuestra posición, hay una estación de paso francesa donde podríamos descansar. Dos días, sin embargo, es demasiado tiempo. De noche en la intemperie no tendríamos opción frente a los osos. El programa de extrapolación desarrollado por Marinho predice una cueva a quince leguas con fiabilidad considerable. Sería suficiente. Porta, sin embargo, no ha tenido suerte encontrándola.

27. FUNCIONES RECURSIVAS

Reporte número veintisiete. Olivares dice que no tiene sentido transmitir los reportes, nadie nos escucha, pero renunciar a esta rutina sería renunciar a lo que queda de El Proyecto y, de paso, a nosotros mismos. Por las noches salimos a caminar con Cardona. Buscamos señales de Porta. No hay osos en la estepa, pero tampoco caminos ni señales ni luces en el horizonte. Estamos rodeados de pastizales altos repletos de animalillos y montañas verdes a lo lejos. Con una trampa hemos capturado varias liebres. Las asamos. Olivares no quiere comer desde hace tres días. Dice que se quiere morir, que la dejen en paz. Dice que cuando sale de la cueva le da vértigo mirar el cielo. La carta

de Porta sigue intrigándome: Disculpas para Olivares, la promesa de un retorno cuando todo haya terminado. No entiendo la naturaleza de su venganza. Olivares me pide hoy que se la lea de nuevo, antes de dormir. Sonríe cuando Porta la menciona. Será pronto, me dice. El qué, le pregunto. Su regreso. No tarda.

30. DISCRETIZACIÓN

Reporte número treinta. Tal parece que hemos perdido el rumbo. Ayer, en horas de la tarde, nos topamos de frente con La Estación abandonada. Dentro todo estaba en su lugar. Varios gatos retozaban en la sala y un nuevo equipo de comunicación ha sido instalado. Desde allí he intentado infructuosamente enviar mensajes de emergencia. Tras la larga marcha la relación con mis compañeros ha desmejorado. Todos preferimos la soledad. Cardona se ha sumergido en la biblioteca, donde revisa uno a uno los manuales operativos buscando un supuesto procedimiento de escape. Olivares come y come suplementos vitamínicos y duerme de día. Yo intento pasar el tiempo revisando una vez más los datos. La correlación es ínfima. Estamos rodeados de coincidencias. Parte del equipo de exploración A ha iniciado un campeonato de billar en la sala de juegos. Del equipo de exploración B no tenemos noticias desde que Porta nos

separó hace varios meses. Espero que hayan logrado alcanzar el puerto.

42. PARACONSISTENCIA

Reporte número cuarenta y dos. Porta dice que estamos muertos, como él. Pero todavía respiramos, le reclamo. Da igual, responde él. Muertos. (Como decía un anciano: “Cuando abandonáis vuestro tejado, entráis en el reino de los muertos; cuando abandonáis vuestro umbral, encontráis al enemigo.” Esta sentencia no preconiza la prudencia sino la firme resolución de morir.) Olivares ha despertado hace dos horas de su catatonia y me pregunta por su hija, por mí hija, por nuestra hija. Olivares no sabe que Porta está presente. Porta dice que vemos lo que queremos ver. Desde la terraza del edificio vemos, entonces, la ciudad vacía, inmensa. La ciudad añorada y distante. La ciudad imposible. El viento corre, me golpea la cara, me asfixia. Porta me señala el lago congelado y el ejército de osos rugiendo en la orilla, protegiendo el perímetro. En el parque junto al lago hay un concierto y mi hija menor, Sandra, debuta como violinista. El auditorio hace silencio para que el director diga unas palabras. El director me señala, me pongo de pie. Me abrumba el aplauso, no lo entiendo. Lo veo venir pero no lo entiendo. Lo sé, lo recuerdo, pero no lo entiendo. Olivares está sentada a

mi lado, en el prado, comiéndose una manzana, me llama Joao. Porta me pide que lo olvide, que reconstruya. Miro el auditorio, me sonrojo, bajo la cabeza, le doy la mano a Olivares y le pido que me acompañe. Caminamos entre la multitud hasta el escenario. Sandra corre hacia nosotros, está orgullosa y emocionada, llora. Nos abraza como si regresáramos o como si nunca nos hubiéramos ido. Así se siente.

3 BEDLEWO

1

Me preocupa Bedlewo. Parece un sanatorio. Siempre le he tenido mucho miedo (¿y quién no?) a volverme loco de repente. O progresivamente. En últimas da lo mismo el ritmo. A veces siento que las personas me hablan de una manera especial, o que dicen cosas y no entiendo bien de qué están hablando. Y temo por mí y mis neuronas. Pienso en todo el tiempo que perdí. En todas las cosas que no hice cuando realmente estaba en capacidad de hacerlas, cuando de verdad sentía y había cosas que me importaban y no era este despojo de hombre encerrado en un cuarto blanco que se levanta desde hace meses todos los días a la misma hora y camina hasta el comedor, que queda en un castillo blanco en el medio de un patio triste, sucio y encharcado, lleno de mosquitos. Todo es un poco triste

acá. Me siento solo. Hay otros como yo pero me siento solo. El comedor tiene una gran sala con platos de ensalada, quesos, jamones, encurtidos y pan. También hay agua y jugo de toronja diluido y azucarado. Por las tardes jugamos cartas pero también tenemos juegos con papeles, de palabras, de trenes. Jugamos a que somos trenes. A veces hablo con señores en los corredores o en la sala de televisión. Me preguntan cosas. Yo también les pregunto cosas. Les pregunto cuánto tiempo más tengo que estar acá. Primero me dijeron que serían cuatro días pero el cuarto día nada que llega. Mañana, me dicen. O en unos días. Me piden paciencia. Me dicen que son mis amigos. Me dicen que me quieren, que no me olvidan. Me tocan la cara y me preguntan si los recuerdo, si sé cómo se llaman y qué significan para mí. Si de verdad sé todo lo que significan para mí. Y no lo sé. Me preguntan cómo me siento hoy y en qué año estamos. Me parece extraño que podamos estar en un año como estamos en un lugar. Que no haya diferencia lingüística entre esas dos maneras tan distintas de estar. Preferiría un poco más de claridad en general, pero creo que ese es un lujo que ahora mismo no puedo darme. No tengo cómo. A veces me canso de la gente y regreso a mi cuarto blanco y me acuesto en la cama y prendo el radio viejo y giro el dial y todo está en un idioma incomprensible que suena seco y mascado y de alguna manera inaceptable. Hay varias emisoras de discursos y hay otra que

cuenta números. Hay una emisora donde un hombre, siempre el mismo, reza. A veces rezo con él. Rezo por mí. Cuando era pequeño rezaba. Pero creo que no rezaba por mí sino por los otros. Me sentía culpable de muchas cosas y rezaba. Me sentía culpable de todo lo terrible que sin duda pasaría. Rezaba para dejar de pensar que un día me iba a morir porque me parecía terrible hacerle eso a mi mamá y mi hermana. Morirme, digo. Dejarlas. Tenía siete años y estaba repleto de culpas futuras. Rezaba acostado en la cama y con los ojos cerrados pero al mismo tiempo proyectados, enfocando hacia afuera, hacia lo que está del otro lado de esa oscuridad, y a eso que estaba del otro lado era a lo que le rezaba. Nunca supe cómo saludarlo o si necesitaba saludarlo. Alguna vez le pregunté a una monja y me dijo que la cortesía nunca estaba de más, especialmente cuando se trataba de hablar con El Señor. Así que yo decía Hola, Señor, soy Javier, y lo tuteaba aunque no tuteara a nadie más exceptuando mi mamá. Me presentaba porque no estaba seguro de que El Señor supiera distinguirme sólo por la voz. Luego pensaba que tal vez El Señor me veía cuando le hablaba, pero no estaba claro cómo podría pasar semejante cosa y ya me parecía suficientemente milagroso que bastara con pensar que hablaba con Dios para que Dios me oyera. A veces, luego de pedirle todas las cosas que siempre le pedía, esperaba un rato con los ojos cerrados pero proyectados hasta que los músculos de los

ojos me dolían. Esperaba para ver si Dios respondía o me daba una señal. Y había días cuando pensaba que no me había respondido y otros en los que pensaba que sí, pero nunca supe si lo que sentía era alguna especie de autovaloración moral de mis propias preguntas que ocurría precisamente durante la oración o si de verdad había un agente externo todopoderoso e infinito que respondía y me decía que no me preocupara, que todo iba a estar bien por un tiempo, aunque eso no era lo que yo quería. Yo quería seguridad, una promesa, pero Dios nunca me entendió y por eso nos alejamos. Dejamos de hablar. Hasta ahora. Hasta que el hombre de la radio vieja empezó a rezar y ahora rezo con él, rezo por mí, para que un día me deje salir de aquí y volver a ser lo que creía que era. Para poder recordarlos. Para que El Señor me perdone y me permita renacer. No parece difícil. No debería serlo. Creo que merezco su misericordia.

2

Me gustaría entender mejor muchas cosas, pero no sé por dónde empezar. Sería bueno ser distinto. Conservar algunas cosas pero cambiar muchas otras. Me pregunto cuántos pensarán lo mismo. Supongo que hay muchas personas que quisieran ser otras personas. Nadie específico, sólo otros. Ojalá que hubiera una manera sencilla (y en lo posible indolora) de esca-

par. Es aburrido ser esto tanto tiempo. Siempre dicen que uno cambia y se adapta y se transforma pero en últimas hay un desgaste en la percepción de lo que uno es. No creo que desgaste sea la palabra correcta para describir lo que siento pero es la primera que se me ocurrió. Tal vez con el tiempo es más difícil aceptarse porque todas las cosas malas y recurrentes se sienten cada vez peores, más tristes, más irreparables. Entonces uno empieza a dudar de todo y a preguntarse para dónde va. Por qué deja que el tiempo lo arrastre así. Por qué piensa tantas cosas y hace tan pocas.

3

En la mesa, durante la comida, contaron la historia de un hombre rico que adquirió un esclavo para que probara los hongos silvestres antes que él. El esclavo cumplía con su tarea sin decir una palabra y el hombre rico comía pieroguis con repollo y buenos hongos una o dos veces por semana. Pero un día el hombre rico organizó una fiesta y ordenó recolectar a sus criados tantos hongos como fueran posibles y, aunque el esclavo probó todas las variedades sin contratiempos, tanto el hombre rico como sus invitados murieron trágicamente envenenados.

4

Creo que cada vez aprecio más este lugar. Aprecio, entre otros, su tranquilidad, sus tiempos y su desconexión absoluta y saludable de la agobiante realidad. Si no fuera por el celibato y demás abstinencias, sospecho que yo sería promotor y practicante de la vida monacal. De esta vida monacal, al menos. Pero la carne es débil, especialmente cuando uno hace poco ejercicio.

5

No sé qué esperaba de mí. Una de las cosas de la identidad es que, si no se piensa demasiado al respecto, es posible vivir toda la vida convencido de que uno es el mismo que antes y lo que cambia (¡y cómo cambia!) es el mundo. Sin querer, sin notarlo, para mi bien, voy renunciando a todo lo que fui, a lo que quise y no tengo, a lo que esperaba de mí y no alcancé. Apenas quedan rastros en mi conciencia de lo que esperaba de la vida hace quince años. Y no es que no me reconozca o que no me recuerde, es que lo que soy se adapta a lo que tengo. Este mecanismo me permite vivir sin sentirme constantemente derrotado.

Durante el desayuno oigo la historia de unos realistas sociales de Hollywood que, escapando de McCarthy, llegaron a Inglaterra y produjeron la famosa serie de televisión Robin Hood. (A very good series, indeed). En consecuencia, y aunque transcurría en Nothinham, la mayoría de actores secundarios tenían acento gringo. Hrushovski dice que esa serie era muy social pero también muy cristiana. Newelski responde que los cristianos no son los únicos que muestran preocupación por la pobreza. van den Dries dice que ellos fueron probablemente los primeros que fueron así de explícitos al respecto. Hay una discusión sobre si las espadas en Robin Hood eran de cartón o no. Dos minutos más tarde el tema es la relación controversial entre religión y moral. Seis minutos más tarde alguien (Newelski) cuenta la historia resumida de los matemáticos polacos que contribuyeron a romper el código Enigma (profusa en tecnicidades y acompañada de una discusión paralela sobre el papel de Alan Turing de acuerdo a su biografía). Tres minutos más tarde alguien (Hrushovski) dice que en esa biografía de Turing leyó que, durante la guerra, Churchill no evitó el bombardeo alemán de una ciudad inglesa para que los nazis no supieran que ellos interceptaban y descryptaban sus transmisiones. Newelski dice que eso prueba que la moral es una

abstracción sin raíces naturales. El resto asiente en silencio.

7

Tengo en mi computador algunas fotos de cuando era niño. Las miro sentado en la parte de atrás de la sala, con la nuca contra la pared, mientras alguien habla de algo llamado “the thumbtack lemma” (aparentemente relacionado con la misteriosa “Kummer theory”). En varias me río con algo que parece alegría sincera. No soy terriblemente expresivo pero es claro que estoy feliz. Recuerdo bien el momento cuando tomaron algunas de esas fotos. Recuerdo los momentos pero no la sensación precisa. Me intriga mi evidente alegría infantil. ¿Por qué me reía tanto y tan fácil? Si tuviera la oportunidad de hablar con ese niño que fui, probablemente le diría que atesorara mejor esos momentos. No porque lo que siga vaya a ser triste, no lo es, sino porque desde acá se sienten como felicidades perdidas.

8

Hoy murió un hombre. Lo encontraron flotando en el pequeño lago junto al castillo. No es claro qué pasó. Pudo ser un accidente. Seguro que fue un accidente. Ahora mismo hay am-

bulancias y policía y traductores y también una psicóloga que a través de un traductor dice que está aquí para asegurarse de que todos estén bien mientras la policía interroga testigos al azar. Ayer conversé con él durante nuestra caminata por Poznań. Brevemente. Ni siquiera recuerdo su nombre. Me dijo que estaba buscando trabajo. Creo que el lunes compartimos mesa al almuerzo.

9

Mañana dejamos Bedlewo. Probablemente nunca regrese a este lugar.

4 LÍQUIDO

— Describa lo que ve.

— Veo agua. ¿Un lago? Unas personas me llaman desde la orilla. Parecen preocupadas.

— ¿Alcanza a reconocerlos?

— No estoy seguro. Hay dos adultos. Podrían ser mis papás. Podría ser mi tío Jairo y su esposa. Ahora que lo pienso, podría ser yo mismo junto a Paula.

— ¿Qué lo hace dudar?

— La ropa. Los gestos. Parecen angustiados. Siento que me estoy ahogando.

— ¿Sabe nadar?

— Sí, pero de nada sirve. Siento como si el agua me arrastrara. Por segundos las olas me cubren. El agua es salada. Me arden los ojos.

— Relájese. Nada de esto está pasando.

-
- ¿Está seguro? Se siente real.
- Completamente seguro. No corre riesgo.
- ¿Hay alguna diferencia entre la experiencia y la percepción de la experiencia?
- Dígame usted.
- Me duele el pecho. Siento un calambre en la pierna. Me ahogo.
- Déjese llevar.
- Diez, doce, veinte segundos sin respirar. No sé cuánto más me podré contener.
- La muerte es una sensación placentera.
- Se siente definitivo. Todo se siente definitivo. Todo ya fue.
- ¿Algún arrepentimiento?
- Paula, tal vez.
- ¿Se arrepiente de Paula?
- Me arrepiento de no haber ido tras ella. Me arrepiento de lo que permití que Paula significara para mí. Yo tenía control sobre eso.
- ¿Qué hubiera querido?
- Yo quería tiempo con ella. Yo quería que Paula fuera en mi vida un sinónimo de placidez, de lo que es cierto.
- ¿La verdad?

— Sí. La verdad. La realidad. Yo... me hubiera gustado que ella fuera real.

— ¿Qué se lo impidió?

— No lo sé. ¿Qué importa? Ahora me ahogo y ella nunca existió.

— ¿Qué vuelve reales a las personas?

— Siento el agua entrar por la nariz.

— ¿Qué tan real cree que fue usted para ella?

— Me cuesta estar al tiempo aquí y allá.

— Concéntrese. ¿Qué tan real es usted? ¿Cuál es su grado de realidad?

— Tengo frío. Escucho su voz a lo lejos. Se confunde con mis propios gritos. Tal vez...

— Tal vez...

— Tal vez Paula fue mucho más real de lo que yo jamás pude ser. No sé. De qué sirve.

— ¿Me escucha?

— Dificilmente.

— ¿Alguna vez se ha preguntado quién soy?

— Prefiero no saberlo.

— El agua es cada vez más tibia, ¿no es así?

— Presiento el colapso.

— No es el fin.

— No es el fin. No puede serlo.

— ¿Qué es el fin?

5 SUDOKA

1

Dos sudokas conversan en un café mientras practican. El dojo del sudoka, les recuerda su sensei, es el mundo. La práctica y el diario vivir deben ser indistinguibles.

Uno de los dos compró boletas para un concierto hace poco. Tuvo que hacer una cola de cuatro horas. No la sentí, comenta, me mentalizé en la práctica. Asimilé veinte de nueve por nueve de dificultad alta.

Los sudokas no someten, asimilan.

Los sudokas usan tinta, nunca lápiz.

La práctica del sudoku implica hacerse uno con la cuadrícula, resolver el acertijo sin imposición, haciendo primar el instinto sobre la razón, liberando la bestia interior.

El sensei pregunta al sudoka: Si una nevada arrasa la mitad

de tu cosecha, ¿qué haces?

El mal sudoka vuelve a sembrar.

El buen sudoka se pregunta si aún es posible remover más plantas sin que el problema se torne irresoluble. Concluye que sí y luego procede.

El buen sudoka muere de hambre.

2

El primer sudoka trabaja en una oficina de propiedad raíz. Como tantos sudokas de su generación, este sudoka lleva una doble vida: de día acompaña parejas de recién casados a visitar casas que él jamás podría comprar y por las noches se rinde a la práctica.

El sudoka está cansado pero sabe que no puede dormir. Por eso se levanta de la mesa del comedor, sale del apartamento, baja las escaleras del edificio, despierta a Lincon, el portero, y le pide que abra la puerta. Lincon presiona el botón bajo el escritorio que le sirve de almohada y dice "Buenas noches, Doctor." Una vez en la calle el sudoka camina hasta el supermercado 24/7 de la esquina. La dependienta, es nueva, ve televisión: una película de terror sangriento. El sudoka camina hasta los aparadores y saca un galón de Coca-Cola Perfect y una bolsa extragrande de papas fritas. Diez cincuenta, dice la dependien-

ta. El sudoka paga. La dependienta le permite salir. Hace frío afuera.

3

Los sudokas no intercambian nombres durante la confrontación porque todos los sudokas son sólo uno: El Sudoka.

El sudoka regresa al edificio y timbra el citófono. Lincon está dormido y no responde. El sudoka está en camiseta, tiene una bolsa de papas fritas en una mano y el galón de Coca-Cola Perfect en la otra. El galón pesa. Y hace frío. El sudoka timbra el citófono una vez más y aunque el berrido parece contundente no es suficientemente potente para despertar a Lincon, que apenas salta en su cabina y se acomoda.

El sudoka saca una moneda del bolsillo y golpea el vidio de la puerta.

El sudoka grita “¡Lincon!” No hay respuesta.

El sudoka piensa que Lincon podría estar muerto.

Pero se mueve.

4

Alguna vez el sudoka practicó en un páramo. Quería comprobar que podía aislar la práctica del mundo. Luego de ins-

calar su carpa prendió una vela y asimiló doce de nueve por nueve del librito que le trajo su prima de Nueva York: Sudoku Master Vol. 37. Luego se quedó dormido.

Por mucho tiempo el sudoka pensó que el viejo japonés que salía en las portadas de la serie Sudoku Master era el creador del sudoku. Años más tarde se enteró que el creador del sudoku se llamaba Howard Garns y había nacido en Connersville, Indiana, en 1905. Era arquitecto.

Cuando el sudoka despertó estaba en el hospital. Habían pasado tres días. Tuvo suerte: casi se muere. Por fortuna dos excursionistas suecos pasaron junto a su carpa y se acercaron a pedirle indicaciones. Cuando no respondió le preguntaron si estaba bien. Cuando no respondió lo arrojaron y lo llevaron a toda carrera hasta la estación, a tres kilómetros de distancia.

Precisamente fue en ese hospital, recuperándose del incidente, donde el sudoka conoció a Laura.

5

El libro favorito del sudoka es, por razones obvias, La vida instrucciones de uso de Georges Perec. Por eso cada 23 de junio, justo antes de las ocho de la noche, el sudoka detiene lo que quiera que esté haciendo e imagina que el mundo se congelara

en ese preciso instante. Por lo general ese pensamiento lo llena de tristeza.

6

Laura está en la sala de televisión y tiene el control. El sudoka le pregunta si puede ver las noticias de las nueve. Laura le dice que está esperando un especial sobre pingüinos suicidas en Discovery Channel. El sudoka no insiste, se deja caer en la silla e imagina la cuadrícula. “Ya empezó”, dice la mujer. Lo interrumpe. “¿Qué empezó?”, responde el sudoka. “El especial”, dice la mujer. La cámara sigue a un pingüino pequeño perdido de su bandada. El pingüino caminará hasta morir de inanición. El pingüino camina y cruza una estación de investigación sismológica francesa donde unos hombres barbudos de overol naranja le abren camino con grandes palas. Luego sube una colina. Arriba de la colina mira hacia todos lados, decide una dirección y continúa. El pingüino suicida casi nunca duda. El sudoka admira la determinación del pingüino suicida. Se presenta. Dice su nombre. “Laura”, responde ella. Así se inicia.

7

El sudoka practica en un café en el centro porque después de las peleas con los ajedrecistas al club Haskell no los dejan entrar.

8

El sudoka abre el galón de Coca-Cola Perfect y toma un sorbo largo. Está sentado junto a la puerta del edificio con la bolsa de papas fritas en las piernas y migajas a su alrededor. Con las manos se restriega los brazos. El sudoka piensa que cada minuto fuera de la práctica es un minuto perdido de honor. Intenta dibujar cuadrículas en el vidrio empañado de la puerta. Intenta imaginar cómo la cuadrícula se va llenando de números y luego esos mismos números desaparecen lentamente, con método, dejándose borrar por el instinto cultivado tras tantos años de práctica rigurosa. El sudoka recuerda la historia del sensei que preguntó si la cuadrícula vacía tenía solución. El sudoka respondió "sí" y fue golpeado. El sudoka respondió "no" y fue igualmente golpeado. El sudoka entonces cerró los ojos, imaginó el tablero, entendió lo que quería decir el sensei y musitó la respuesta correcta: "Yo soy la cuadrícula vacía."

9

El mayor enemigo del sudoka es el sudoka mismo. No es la cuadrícula, no es el oponente, no son los números. Nada de eso importa. El enemigo es él y se odia: nadie más tiene la culpa de su infelicidad, su frustración, su constante arrepentimiento por todo lo que no hizo y su lamentable aspecto ante el espejo. El sudoka está terriblemente solo y sabe bien que fue su decisión. Fue él quien la dejó ir. Sólo él. Nadie más.

10

El sudoka y Laura toman café con empanadas por las tardes. Conversan. Se conocen. Se quieren tímidamente. El sudoka sacrifica horas de práctica en Laura. Laura le importa. Laura lo absorbe. Laura lo hace hablar. El sudoka habla de lo único que realmente sabe. Le cuenta que existen hombres sabios que nunca descansan y otros, necios, que duermen la vida. También le dice que existen 6 670 903 752 021 072 936 960 sudokus posibles (“Es un cálculo sencillo”) y él espera algún día resolverlos todos. Laura le dice que entonces jamás tendrá tiempo para ella. El sudoka responde que el sensei dice que la práctica no debe ser jamás un impedimento para vivir.

11

El sudoka todavía vive en el apartamento que compartía con Laura. Cuando ella se fue dejó toda sus cosas. Hay un armario repleto de bolsas con su ropa. A veces, tras llegar del trabajo, el sudoka abre las bolsas y plancha las camisas, pantalones y faldas, los dobla y los vuelve a guardar.

El sudoka cuenta los días sin Laura en un calendario que tiene pegado a la nevera con cinta. Junto al calendario hay una foto de los dos en Santa Marta y una lista de compras con su letra titulada SÁBADO: leche, tomate, huevos, limón, carne, espárragos, brócoli, pollo, cereal, pasta, jabón de ducha, arroz, pan de molde, papel higiénico, jamón, desinfectante, [ilegible], suavizante, café, helado y galletas.

El sudoka dejó de llamarla cada noche cuando una voz pregrabada le explicó que ese número de teléfono estaba fuera de servicio o no existía.

El sudoka quisiera pedirle perdón.

12

Antes de conocer a Laura el sudoka fumaba. Era una de sus grandes vergüenzas. Cuando decidieron vivir juntos Laura le dijo que tendría que dejar de fumar. El sudoka compró par-

ches de nicotina. Los parches le aliviaban la ansiedad pero le producían un salpullido molesto en el brazo. Por las noches, dormido, se rascaba hasta que el parche se caía. Debido a esto, el tratamiento resultó ser bastante costoso y cuando cumplió un mes y medio lo abandonó. Dijo que la rasquiña no lo dejaba pensar. La ansiedad, sin embargo, pronto regresó. Sólo la contenía la práctica.

13

Siempre es el turno del sudoka.

6 MIRADOR

1

Carla se fue una tarde. Oscurecía. Se llevó su ropa y se llevó a Sancho. Salió a tomar aire y buscar cigarrillos. Dijo que se le habían acabado. Yo le dije que había cajas en la bodega. Ya vuelvo, dijo, no tardo. Necesito ver algo.

2

Así se ve desde el avión. Un poco más arriba, tal vez, pero así: Oscurece.

Carla está en la ventanilla. Es la tercera vez que sobrevolamos el centro, cada vez menos gente. Tres horas en un avión, una de más. ¡Qué domingo! Carla me pregunta por qué no ate-

rrizamos, por qué el piloto se arrepintió, por qué damos vueltas y vueltas. ¿Es que acaso creen que no nos damos cuenta?

Cuando Carla está nerviosa pregunta muchas cosas.

El aire está caliente. Todos hablan a murmullos, con gravedad. Un niño llora. Nadie se atreve a decir nada. Una mujer dos filas adelante llama a la azafata. Es la quinta vez que lo hace en la última media hora. La azafata llega con un vaso de agua. La mujer le pregunta algo, siempre la misma cosa: ¿Todo está bien? La azafata asiente. Todo está en orden. Hay congestión en el aeropuerto. Es sólo eso: Congestión.

Carla dice que gastan gasolina para que al caer no nos convirtamos en una bola de fuego. Y lo hacen por ellos, me dice. ¿Viste la casa?, le digo. Acabamos de pasar sobre ella de nuevo. Lo hacen por ellos, no por nosotros, repite Carla. Si fuera por nosotros no importaría. Lo hacen por los que todavía están vivos.

¿Viste la casa?

3

Aquí cayó la primera. Sobre la casa de paredes moradas y techo de eternit. Y también la segunda. Nunca entendimos de dónde llegaron ni por qué. No son cosas que importen en estas

circunstancias. No hubo tiempo para nada. Simplemente cayeron e hicieron lo que saben (lo que deben) hacer.

Cuando Carla oyó las explosiones salió al balcón, me llamó, y dijo que teníamos que verlo de cerca. Yo le dije que estaba loca si pensaba que iríamos a ese lugar. Carla dijo que no teníamos elección: Si Mahoma no viene a la montaña, la montaña viene a Mahoma.

Entonces escuchamos la tercera explosión. Nos sumergimos en su impacto. La montaña había llegado.

Pronto perdimos la cuenta de las bombas.

4

Desde el mirador parecía que todavía estuviera viva. Había columnas de humo. Duraron semanas. La ciudad extendiendo sus pequeños y efímeros bracitos grises hacia el cielo, clamando por piedad, diciendo ya no más.

Nadie entendía. Nadie escuchaba.

5

Cuando Carla era niña tenía un perro, Sancho.

Sancho murió cuando Carla tenía diecinueve años. Estaba viejo. Hacía años que no ladraba. Su mamá la llamó, le dijo

que no había sufrido, que se había quedado dormido en la sala junto a ella, viendo televisión. Que la había esperado a que regresara del viaje para despedirse.

Una tarde, caminando entre los escombros, encontramos un cachorrito hambriento debajo de una puerta. Chillaba. Carla lo sacó y lo llevó cargado a casa.

Es Sancho, me dijo. Ha regresado.

6

Así era. Es difícil de creer. Era de día. Las tres de la tarde. El cielo despejado y canciones viejas en el televisor. Niños y perros corriendo por la calle. Un taxi negro frente al edificio, esperando.

Al principio parecía una tormenta.

7

Recorremos la plaza como siempre, como si estuviéramos comprando. Lo hacemos cada sábado, por honrar la rutina. Las rutinas calman, dice Carla. Sancho viene con nosotros, le gusta cazar ratas. Todavía huele a plaza, a podredumbre dulce, y a veces, por instantes muy breves, oigo los gritos y los ruidos del lugar como si todavía siguieran ahí.

Lindas estas mandarinas, doña Zoila.
A cuánto están los lulos hoy, mi vida.
Le tengo la sierra fresca, patrón.
¿Cuántos kilos dijo, madre?
Dos, dice Carla. Dos kilos. Gracias.

8

Las calles se llenaron de palomas muertas. Caminábamos sin saber qué hacer. Buscando algo, creo. Comida, tal vez, o leña seca. A veces oíamos gritos bajo los escombros y Carla me decía que hiciéramos silencio, que respetáramos su descanso. ¿Te gustaría salir y encontrar esto?

Vimos una paloma que se arrastraba sin un ala. (“¡Mi ala, dónde está mi ala!”) Vimos varias decapitadas y otras descuartizadas, licuadas por el impacto. Carla me preguntó si las palomas nos verían igual. ¿Cómo igual?, le dije. Así, como ellas, me respondió. Perdidas.

Seguimos caminando.

9

Pocos días después del bombardeo, Carla regresó de una de sus exploraciones por el barrio con el panadero. Había perdido

a su hija y a su gato. Estaba decaído. No paraba de llorar.

Cuando Carla hablaba con el panadero se ponía muy triste. Me hablaba de la niña. ¿La recuerdas? ¿Recuerdas a la niña? Siempre estaba sentada en la puerta por las tardes. ¿Estas seguro de que nunca la viste?

A veces salían a pasear juntos.

El panadero le enseñó dónde había enterrado a la hija. En el parque.

Carla lo llevó hasta nuestro mirador.

Carla decía que desde el mirador la ciudad no había cambiado. Desde allá seguía siendo la misma mole gris inabarcable.

10

Sueño regularmente que nada de esto ha pasado pero todos sabemos que ocurrirá.

En el sueño, Carla sube cada mañana a la azotea azul de nuestro edificio a esperar los aviones en llamas.

En el sueño otros la acompañan.

Si no es hoy, será mañana, dice. Hay que ser pacientes.

En el sueño recorreremos la ciudad juntos preguntándonos qué quedará y qué caerá.

Esto sí.

Esto no.

Sin dudar.

Sabemos que ocurrirá y sabemos cómo ocurrirá. Recordamos vívidamente el futuro.

Cuando le conté a Carla mi sueño me miró muy seria y me dijo que era una señal.

Luego de eso empezó a subir a la azotea por las tardes a fumarse su cigarrillo del día.

Déjame. Prefiero estar sola, me decía.

11

A pocas calles hacia el norte hay un barrio tomado por los ganzos. Graznan y se avalanzan con las alas extendidas sobre cualquiera que se atreva a poner pie en su territorio. Un día explorábamos la zona buscando comida junto al panadero. Él nos había advertido de los ganzos. Nos había dicho que teníamos que ser cautos, guardar silencio. Cruzando una esquina los vimos al fondo de la calle. Una mancha blanca sobre el asfalto que de repente enfilaba hacia nosotros haciéndose cada vez más grande. El panadero gritó que corriéramos. Eso hicimos.

Fue la última vez que lo vimos vivo.

12

Un día Carla dijo que había gente en el parque, que los había visto desde la azotea. ¿Quiénes son?, le pregunté. No lo sé, dijo ella.

¿Qué hacen?

Entrenan.

¿Entrenan? ¿Para qué?

Para sobrevivir al bombardeo, claro. Hay nostálgicos que creen que esto no ha ocurrido, que sólo sentimos que fue así para prepararnos para cuando realmente ocurra. Que la vida sigue siendo la de antes, la de las fotos, como en tu sueño.

¿Y las bombas? ¿Qué hay de las bombas? ¿Qué hay de los muertos?

Las bombas son sólo la promesa de las bombas. Ya vendrán los verdaderos muertos.

7 CUADRO

— Pensé que no lo volvería a ver.

— Aquí estoy.

— Eso veo.

— Quiero que hablemos.

— Pensé que todo estaba claro.

— Eso también pensaba yo, pero ayer pasó algo que me hizo dudar.

— Cuénteme.

— ¿Recuerda la sala de la clínica?

— Vagamente.

— La sala de espera junto a las habitaciones. Había dos sillones y un televisor. Desde la ventana se veía el lago. ¿La recuerda?

— Pasamos mucho tiempo en ese lugar.

— ¿Alguna vez vio el cuadro sobre el televisor?

-
- ¿Había un cuadro?
- Un paisaje, unas casas, unas personas comen en un patio. Nunca le presté atención, pero ayer lo volví a ver y pensé que...
- Espere: ¿qué hacía en la clínica?
- Voy a saludar a los encargados. A María. A Paola. A Rubén. Me gusta saber que siempre estarán ahí. Me reconforta. Cuando me siento mal voy un rato y hablo con ellos. Son buenas personas. Saben escuchar. Preparan buen café.
- ¿Hace cuántos años que salió? ¿Ya tres?
- Tres años, dos meses. El tiempo pasa muy lento.
- ¿Le hacen falta?
- ¿Qué?
- Los plazos, las metas, el compromiso, la adoctrinación, la sensación de avanzar hacia algo. La seguridad del encierro controlado, guiado.
- Hay cosas a las que no me acostumbro.
- ¿Dónde come?
- Una mujer cocina para mí. Le pago mensualmente. Me deja un plato al medio día y uno por la noche. Desayuno frutas o cereal. Intento crear una rutina. Cuesta.
- Debería aprender a cocinar. Vale la pena.
- ¿Usted cree que los otros lo saben?
- No es difícil notarlos.
- ¿Por qué nadie dice nada?

— Por cortesía, por miedo, por vergüenza, por culpa. Nadie quiere esa conversación. Nadie quiere afrontar sus consecuencias.

— No entiendo por qué nos dejaron salir.

— Tienen sus razones. Estábamos listos.

— ¿Y usted qué opina?

— Confío en ellos y ellos confían en mí. Todos ganamos o todos perdemos. Es sencillo para mí.

— ¿Nunca duda?

— Jamás. No quiero regresar. Hago lo que debo hacer. Creo en mi misión.

— No sé cómo lo hace.

— No estoy seguro de cómo funciona. Abro los ojos cada día, hago mi desayuno, salgo al parque, camino con mi perro. Todo se renueva a diario. Todo es detalladamente recreado. Sólo yo persisto. Las personas me miran, lo saben, me gusta que lo sepan. Me gusta su timidez inicial, su cautela de quien apenas nace. Hablo con los viejos que juegan damas. Hablo con la mujer de la tienda junto a la fuente. Cada día es una mujer distinta. Siempre me encanta. Elijo alguien al azar en el mercado y lo interrogo. Hago las preguntas. Cada día el parque es distinto. Se adapta a mí. La ciudad entera. Todo, siempre, es tan perfectamente nuevo que me cuesta creer que no lo sospechen. Es refrescante. Eso es. Refrescante. Me enternecen.

-
- Me gustaría que me recordaran.
 - Nos pasa a todos.
 - Me gustaría vivir en ese cuadro. Creo que eso es lo que le quería decir. Estoy cansado de preguntar.

8 MADRUGADA

Hidalgo está seguro de que un día cualquiera lo van a matar. Lo van a matar por lo que quiera que sabe, o por ver algo que no debió, o por lo que hizo cuando no era él, o por hablar con Dios sabe quién. Esa certeza decide su vida. Hidalgo, algunos dirían, no vive. En cambio, se oculta, limpia su Colt Detective niquelado y a veces asoma la cabeza por la ventana para ver quién viene. Quién viene a matarlo, esto es. Hidalgo está preparado.

A veces, sin embargo, Hidalgo debe salir del edificio. Debe ir, por ejemplo, al dispensario por su medicina y la de su hermana, que llora y llora en el cuarto del lado y pide a gritos por sus hijas aunque sabe que están lejos y a salvo. Las medicinas la vuelven temporalmente feliz. Las medicinas hacen que parezca que todavía está viva.

Por eso, porque quiere ver a su hermana viva, Hidalgo to-

ma el bus de madrugada hacia el centro de la ciudad. Es un bus pequeño improvisado que recorre los túneles de servicio para evitar emboscadas y sólo se detiene tres o cuatro veces antes de llegar al dispensario. Usualmente a las cuatro y media, cuando deja el parqueadero, el bus está vacío y a Hidalgo le gusta que sea así. Ese día, por desgracia, una mujer espera el bus en el lote desierto. Debe tener unos cuarenta años. Lleva una canasta. Tose. Parece una monja. Le recuerda a su mamá recién llegada con él y su hermana a la ciudad.

La mujer se sienta junto a Hidalgo en el bus. El chofer no es el mismo de siempre. Hidalgo le pregunta dónde está Rivera. El chofer dice que no sabe de quién habla. Hidalgo le explica. El chofer no sabe nada de Rivera.

Veinte minutos más tarde, en la primera parada superficial, se suben dos hombres. Se sientan frente a Hidalgo y la mujer. Dicen buenos días al subirse aunque todavía no ha salido el sol. Nadie responde. El bus de madrugada es generalmente silencioso.

Hidalgo mira a los hombres y los hombres miran a Hidalgo. Hidalgo recuerda haberlos visto antes, tal vez durante la guerra. Hidalgo los mira y los mide.

A Hidalgo no le gusta que lo miren así. Intenta pensar en cualquier cosa. El calor de los túneles. Las pocas luces afuera. Los grafitis borrosos que prometen lo que nunca llegó. Las

sombras de la gente que vive oculta en los subterráneos. Los hombres, sin embargo, no dejan de mirarlo.

¿Qué esperan, hijueputas?

Hidalgo carga su Colt Detective niquelado entre el pantalón porque hace unos años decidió que el día que lo quieran matar a esos hijueputas les va a costar.

El bus viaja lento. Se detiene a veces sin razón. El chofer parece perdido pero no dice nada. Hidalgo siente la trampa venir. Hidalgo sabe que cualquier día puede ser el día. Hidalgo tiene un revolver porque está dispuesto a disparar.

Por eso, porque lo miran, porque el bus se detiene, porque no sabe dónde está y el túnel es más oscuro y caliente de lo usual, Hidalgo agarra el revolver sin sacarlo del todo. Este gesto le da confianza. Siente el cañón temblar bajo su panza. El frío de la cacha en la mano lo vuelve seguro, en control, dispuesto a lo que venga, sorpresivamente libre.

Ojalá que los hombres dejaran de mirarlo. Ojalá que hicieran lo que vinieron a hacer. Ojalá que todo se decidiera ya mismo.

El tiempo pasa lento cuando la muerte está cerca. Pasa lento, pero pasa.

La mujer de la canasta, de repente, arranca a llorar.

Al principio es un sollozo ahogado, pero pronto no lo puede contener. Berrea. Dice no, por favor, señor, no. Cuesta en-

tenderle entre los mocos y las babas. No, no, no, por lo que más quiera, dice. Hidalgo no sabe qué hacer. Hidalgo mira a los hombres. Los hombres lo miran. Uno de los dos tiembla. El otro abraza su mochila. Por favor, señor, no lo haga, dice la mujer, tenga compasión, y de pronto Hidalgo entiende que le habla a él: ha llegado su día de matar.

9 CINCO

La historia de amor número cinco es la del hombre orgulloso de su soledad que descubre un día, por culpa de algún accidente trágico, que su vida no vale mayor cosa y es bien posible que en treinta años termine orgullosamente solo, enfermo y adolorido tirado en una cama de un hospital público esperando a que una pantalla le confirme que está muerto. Entonces el hombre orgulloso de su soledad se preocupa y piensa cómo resolver su problema de logística mortuoria de una manera digna. Por primera vez en su vida el hombre orgulloso de su soledad mira el mundo como un lugar donde pasan cosas diferentes de su existencia, cosas que no dependen de él ni lo afectan, y este pensamiento lo aturde porque su solipsismo es una coraza que lo protegía muy bien del vértigo de la interacción potencial, de la traición inminente, de la incomodidad de no saber qué decir pero tener que decir algo, ahora, ya, para

que entiendan cómo se siente, para que le respeten su lugar y su presencia. El hombre orgulloso de su soledad busca compañía de la única manera que puede hacerlo: llena formularios en agencias de amistad y amor, se suscribe a clubes de cualquier cosa, asiste a lecturas públicas en librerías, y redacta un cuidadoso perfil en OK Cupid donde quede bien claro que no fuma ni toma ni está interesado en mujeres con debilidades religiosas ni en personas que no entiendan que hay un cierto orden en el mundo y este orden debe ser preservado a toda costa. Es un perfil bien serio el de este hombre orgulloso de su soledad y no tiene mucho éxito. La calificación de su perfil se estabiliza en una semana en dos sobre diez puntos posibles y ni los clubes ni las agencias le proporcionan nada distinto de ansiedad, de donde el hombre orgulloso de su soledad concluye que tal vez sea muy tarde para él, realmente tarde, y esa visión de su muerte acompañado de un respirador cansado es ya un evento inevitable al que deberá acostumbrarse desde ahora para no deprimirse de más cuando esté a punto de morir. Por eso es que el hombre orgulloso de su soledad empieza, como último recurso, a frecuentar hospitales luego de salir del trabajo y hablar con enfermos terminales. Así es como el hombre orgulloso de su soledad conoce a Victoria, que tiene veintiocho años y un cáncer que primero la dejó sin novio y luego sin ovarios y ahora amenaza con llevarse las pocas entrañas que le quedan.

Victoria es delgada y dulce y le gusta hablar con él. Dice que aprecia su compañía. Al hombre (ya no tan) orgulloso de su soledad también le gusta acompañar a Victoria junto a su cama y traerle libros para leer. Victoria lee muy rápido y por las tardes, cuando él la visita, le comenta lo que opina de este libro o este otro y luego se ríen imaginando finales trágicos donde todos, buenos y malos, reciben su merecido de la manera como ocurre en la vida, o eso dice ella. Pasan los meses y el hombre (ya no realmente) orgulloso de su soledad no visita hospitales sino que visita a Victoria y habla con ella y se ríe si hay que reírse pero también llora por y con ella cuando hay que llorar y le agarra la mano fuerte cuando le ponen la intravenosa porque Victoria nunca se ha acostumbrado a eso ni tampoco a las preguntas corteses de las enfermeras ni a la sensación de que su cuerpo se la está comiendo viva. Victoria, lo dice todo el tiempo, quiere vivir, y el hombre (dificilmente) orgulloso de su soledad quiere que viva porque ahora la necesita junto a él, la ama, así que juntos independientemente rezan todas las noches antes de dormir por el mismo milagro y por las tardes, cuando se ven, se dicen todas las cosas que van a hacer y todos los lugares donde van a ir cuando ella pueda dejar el hospital, lo que tiene que pasar muy pronto porque Dios es misericordioso y bueno y tiene que valorar la fuerza de su amor. Pero un día el hombre (para nada) orgulloso de su soledad recibe una llamada, pide

la tarde libre, corre al hospital en un taxi, sube las escaleras a lo que le dan las piernas, llega a la cama de Victoria, la encuentra más débil que nunca y Victoria le dice que lo ama, que lo ama de verdad, pero la vida le está empezando a doler y tal vez ya sea hora de resignarse. Y este hombre que nunca creyó en nada, que nunca necesitó a nadie, que siempre se sintió ajeno al otro, no puede aceptar que Victoria le diga eso, se siente traicionado, pero entonces mira a Victoria a la cara, la mira a los ojos, y siente el dolor, lo siente ahí adentro de él, y le dice que aquí está él, junto a ella, que no se va a ir, que ella lo tiene, y luego la ve irse y la abraza mientras se va, la acompaña con cada respiración y le dice que ella es lo mejor que le ha pasado en la vida, que la va a extrañar, que no la va a olvidar, y Victoria, entredormida por la morfina, sonrío, le aprieta el brazo con la mano, lo acerca a ella y le dice cosas que desde aquí no alcanzamos a entender (o no debemos) pero que parecen importantes porque el hombre que ya nunca más estará solo llora y se ríe al tiempo y le dice que se volverán a encontrar porque esto no puede terminar así. Así termina.

CASOS

1 PRODIGIO

Mi primo Ricardo podía comerse una mandarina entera y luego expulsar las pepitas, una a una, por la nariz. También sabía hacer otras cosas, pero esa era la mejor de todas. Un día mi primo Ricardo, que nunca salía de su casa, me llamó por teléfono y me preguntó si estaba ocupado. Yo le dije que no. Me pidió que pensara un número de uno a cien. Pensé veintitrés. Ricardo dijo “Es veintitrés”. Yo le dije “Sí, ese era.” Él me dijo “¡Ya ves, todos piensan el mismo!” y colgó.

Con Ricardo era siempre así.

Una vez le pregunté a mi mamá por qué Ricardo no tenía piernas. Ella me dijo que las había perdido en el mismo accidente de carros en el cual murió Pedro, su papá, el hermano menor de mi mamá. Ricardo era igual a Pedro cuando niño. Exactamente igual.

Ricardo decía que él no recordaba el accidente. Tampoco

recordaba haber tenido piernas alguna vez. “¿Qué se siente tenerlas? ¿Pesan?” Nunca supe qué responderle.

Cuando llegaban las vacaciones, pasaba semanas enteras jugando en casa de Ricardo. Jugábamos a los fantasmas, a los números y también a la máquina del tiempo. Un día salimos de la máquina y vimos la llegada del hombre a la luna. Otro día salimos de la máquina y vi a mi mamá acostada en una cama con un tubo atravesándole la garganta. Intenté hablarle pero ella no sabía que yo estaba ahí. Éramos invisibles. Ricardo me consoló y me dijo que todavía tenía tiempo de decirle que la quería. Cinco años, para ser exactos.

De Ricardo heredé cuatro libros, su navaja suiza y su colección de piedras especiales para descarrilar trenes. Todo eso me confió en su carta de despedida. Era todavía joven cuando se fue.

2 VIDENTE

Vi un OVNI cuando tenía ocho años y caminaba junto a mi amigo Raúl por el bosque cerca a la escuela. Raúl dijo que fuéramos por ahí, por ese sendero, y por ese sendero fuimos. El tiempo pasó rápido y de pronto era de noche, hacía frío y Raúl estaba seguro de que ese era el camino de regreso porque este árbol me parece conocido, y este, y este tronco podrido. ¿No lo recuerda? En ese pueblo nunca caía nieve antes de enero pero ese noviembre nevó, esa precisa noche; nosotros perdidos y nieve cayendo. Podría haber sido divertido pero lo no era, no. Yo tenía ocho años. Raúl nueve. Yo apenas tenía un sweater de lana. Él su chaqueta roja. Raúl caminaba rápido, con decisión, con claridad, decía por acá, por acá, y yo tenía ganas de llorar pero temía que Raúl me viera llorar y dejara de ser mi amigo. Raúl era mi único amigo. Y se alejaba. Espere, le grité. Espere. Pero Raúl no me esperaba. ¿No le importaba? No puedo más,

de verdad, espere, le decía, pero él se alejó hasta que desapareció entre los árboles. De repente me quedé solo. Ya no tenía por que avergonzarme de llorar.

Vi un OVNI esa noche pero sólo entendí que lo había visto muchos años más tarde, cuando encontré una foto de Raúl en un periódico y descubrí que no había muerto. Que el tiempo no había pasado para él.

Desperté en el hospital. Mis papás estaban junto a mí. Mi mamá dijo que necesitaban que respondiera unas preguntas. Un hombre de corbata me preguntó si sabía dónde estaba Raúl. Lo perdí, le dije. Me pesaba la voz, me dolía la garganta, no sentía mis pies. Dónde estoy, les pregunté. Estás en la clínica, dijo mi papá. Los perros te encontraron.

Durante los siguientes días, mientras me recuperaba, recibí varias visitas del mismo hombre de corbata. Me preguntó cómo estaba vestido Raúl. Le describí su chaqueta roja, sus botas, su mochila verde. Me preguntó si recordaba algo más sobre esa noche. ¿Vieron algo extraño? Nada. ¿Había alguien con ustedes? No ¿Por qué se adentraron en el bosque? No sé. Buscábamos algo. ¿Dónde está Raúl?

¿Dónde?

Dijeron que Raúl había desaparecido. Su foto estaba en las cajas de leche y en los tableros de anuncios a la entrada del supermercado, de la escuela, del club deportivo, junto a las fotos

de los siete gatitos en busca de hogar y el anuncio de la venta de garaje del fin de semana. La hermana de Raúl me buscó un día en la escuela y me dijo que ella sabía que no era mi culpa, que tenía que perdonar a sus papás: estaban tristes, ella también, y yo. No todo el mundo era tan comprensivo. No todo el mundo confiaba lo suficiente en mí. No tenían por qué. Pocos me conocían. Pocos me conocieron. Era el recién llegado, el extranjero, el niño de la maleta demasiado grande que hablaba mal y se asfixiaba corriendo. Justo, que era el mejor amigo de Raúl, me dijo un día, a la salida del gimnasio, que si Raúl no aparecía me iba a matar.

Un domingo llamaron a la casa y me pidieron que fuera a la comisaría. Mi mamá me acompañó. Sería rápido, me prometieron, pero no fue así. El hombre de la corbata nos llevó a una habitación que parecía de hospital y sacó prendas de una caja de cartón. La ropa estaba sucia, manchada de barro. La reconocía, claro. Ese era Raúl. Lo veía alejarse de nuevo. Lo veía entre su ropa. Pasarían un par de años antes de que viera mi primer muerto, mi abuelo, pero la ropa de Raúl era suficiente muerte para mí. Saqué mi inhalador, soplé, presioné, aspiré, otra vez, otra vez más. No estoy bien. ¿Es su ropa? No. Estoy. Bien. ¿Está seguro? Sí, dije, es él.

Pero el cuerpo nunca apareció. En mayo, cuando las vacaciones estaban a punto de iniciarse, sus familiares organizaron

una ceremonia para despedirse, para dejar de esperarlo. Recibimos una invitación en el buzón. Fuimos los tres, nos hicimos en la fila de atrás de la pequeña iglesia y escuchamos las palabras de todos los que quisieron hablar. Su mamá se acercó al final y me agradeció que viniera. Me pidió que entendiera que todo esto era muy difícil para ella y que no había querido decir lo que dijo cuando... cuando... En una caja de madera estaba su ropa, su libro favorito y su gato de felpa. La enterramos en el jardín de su casa. Pocos días más tarde empezamos a empacar todo, a preparar una nueva mudanza. Dejamos el pueblo de madrugada.

3 ESPECTRO

Me levanto temprano, antes de que salga el sol. La vecina saca el perro a las seis, el perro ladra mientras esperan el ascensor y esos ladridos me levantan. Desde que llegué a este lugar no necesito despertador.

Cuando estábamos vivos mi mujer me despertaba antes de irse a trabajar. Usualmente no me daba cuenta cuando dejaba la cama pero sí la sentía acercarse y darme un beso antes de salir. Olía a ducha. A veces me daba un beso, a veces me daba dos. Me gustaban esos besos. Eran una buena manera de empezar el día. Luego yo levantaba a la niña y la acompañaba al colegio.

Por las mañanas salgo a comprar el pan. Compro media barra cada día, es suficiente. No necesito hacer dieta pero si como mucho pan me lleno de aire. La señora de la panadería dice que debería dejar de usar mi chaqueta con este calor, pero prefiero no arriesgarme. Además, en la casa siempre hace frío.

Durante el día leo los diarios. Me gustan las noticias deportivas y las columnas de opinión. Me gusta también que últimamente se tomen en serio lo paranormal. Antes había que buscar revistas especializadas para enterarse de los descubrimientos y lo avances, para hacer consultas, pero ahora lo paranormal está en todas partes. Eso está bien. Me gusta que sea así.

Hoy leí en el periódico la historia de un señor que visita la tumba de su hija en el cementerio todas las tardes al regresar del trabajo. A raíz de la muerte de su hija su mujer lo dejó. El cementerio queda lejos de su casa, al otro lado de la ciudad, pero de todas maneras el señor sale de su trabajo en el supermercado, toma su bicicleta y pedalea hasta el cementerio. Dice que le gusta hablar con su hija, que lo hace sentirse mejor, menos solo. Le cuenta cosas de su vida. Ella no le responde pero a él le gusta hablar. El señor le pregunta a La Doctora si está haciendo algo mal.

Alguna vez yo también le escribí una carta a La Doctora pero ella nunca me respondió. Tal vez escribí mal su dirección. Tal vez no hice la pregunta apropiada. La Doctora elige las preguntas más interesantes y siempre responde cosas muy sabias. Al señor del cementerio le dijo que tuviera paciencia, que su hija le hablaría cuando tuviera algo que decir. A la mujer que persiguen los gatos le recomendó que se mudara a otra ciudad.

¿Nos leen los vivos?

4 ZOMBIE

Cuando tenía dos meses, la niñera le dio a tomar detergente mezclado con leche en el tetero. Fue despedida en el acto. A partir de ese momento sus recuerdos son difusos. Todo se pierde.

Recuerda las luces blancas del hospital verde y el ardor en la garganta. Recuerda a las maestras de primaria llevándolo de la mano a la fiesta del fuego. Recuerda que cuando tenía nueve años fue circuncidado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos. Recuerda que cuando le quitaron las gasas tenía un tomate supurante entre las piernas. Recuerda el dolor de las primeras meadas tras su regreso al mundo de los vivos. Recuerda el jugo de guayaba de los viernes. Recuerda los primeros rechazos pero no puede recordar sus caras. Recuerda a una mujer que lo dejó por una montaña.

Todo eso recuerda sentado en la sala de un apartamento a medio amoblar en South Bend, Indiana. La mujer, no sabe quién sea, fuma un gran tabaco, se sienta con las piernas muy abiertas y se rasca las piernas con las manos cuando quiere decir algo. Tiene piernas largas y pocas tetas, apenas las suficientes. Tiene una cara que es sólo ojos y cejas y hay algo en la manera como le habla que le dice que alguna vez, está seguro, supo quién era.

Pero no recuerda.

A raíz del incidente con la niñera tiene una dieta estricta. Su estómago es delicado. Hay ciertas cosas prohibidas y otras que sólo puede comer después de ciertas horas. Come a las siete, a las doce y media y a las seis y media. Toma meriendas a las once y a las tres. Cuando tiene hambre necesita comer, de lo contrario los ácidos destruirán lo poco que le queda de estómago.

5 ORÁCULO

La semana que se acababa el mundo Martín no había hecho las tareas ni se había cortado el pelo ni le había comprado un regalo de cumpleaños a su abuelita ni había escrito esa carta que llevaba casi un año pensando para leer en la sala de su casa dos minutos antes de que el momento llegara. La carta, en la mejor de sus versiones imaginarias, se iniciaba con una recreación sensorial de su nacimiento (la humedad, la viscosidad, el calor tibio y protector, finalmente la luz) y proseguía con el momento, hacía quince meses exactos, cuando la fecha final le fue revelada en sueños por el espíritu milenario que lo poseía, evidenciando de paso su presencia. Para Martín ambos momentos eran igualmente importantes. El primero era su nacimiento físico, como ente tangible capaz de interactuar con la materia, de afectarla, pero el segundo era su nacimiento como individuo espiritual, como consciencia pura capaz de trascender lo me-

ramente físico, de impregnar con su sabiduría la humanidad desesperada e incapaz de aceptar su inminente extinción, de consolar. ¿Qué será de mí? le preguntaba su mamá una tarde, recién llegaba Martín del colegio con el ojo morado por otra nueva tunda a la salida. ¿No soy digna de sobrevivir?

Nadie lo es, mamá, respondía el niño. Ni tú ni yo ni nadie. La máquina sabe lo que hace.

Y aunque la misión de Martín era preparar a la humanidad, alertarla y enseñarle el camino hacia el asombro, a veces hasta él mismo dudaba, en la soledad de su sabiduría, de su destino. A veces, mientras seguía a Tatiana sin que ella se diera cuenta, alelado con su pelo largo negro, Martín se preguntaba por qué la máquina decidía por el hombre cuando el hombre era precisamente la razón de ser de la máquina. ¿No era así? Primero la máquina, vacía y fría. Luego el hombre. Luego el programa.

La lectura de la carta sería transmitida por televisión y traducida a todos los idiomas. El mundo entero escucharía a Martín leerla en directo desde la sala de su casa, con su familia rodeándolo. El mundo entero vería al niño del mensaje abrir su pequeño sobre y sacar un papelito. Gracias a ese niño esta no sería una tragedia. La humanidad partiría dignamente, sin histéricas, respetuosa de lo previsto por el código. Cada cual con sus seres queridos, de la mano, en la sala de su casa viendo por televisión al niño de camiseta roja que muy serio lee una carta

a veces triste, a veces esperanzadora, que nos ayudará a entender por qué la máquina de buenas a primeras había decidido abandonarnos.

Pero la semana se acababa y cuando llegó el viernes Martín no había hecho nada de nada. ¿Qué diría? Tal vez hablaría de lo que había hecho hoy, sí. Se levantó a las ocho y encontró a su familia haciendo el aseo. Su mamá preparaba la última comida. Su papá llamaba uno a uno a sus amigos de acuerdo al protocolo de despedida tantas veces simulado. Nadie lloraba. Todo el mundo asumía su papel. El papel de Martín era esperar, acompañar a su mamá mientras cocinaba, ayudarla a sostener el pavo, dictaría números de teléfono a su papá, abrazaría a su hermana, jugaría con su abuela. Al medio día exacto llamó el presidente y le pidió a Martín que se apiadara de nosotros, por el amor de Dios. No está en mis manos, respondió el niño. La máquina no nos escucha. A la una de la tarde, con la casa limpia y en las mejores ropas, todos se sentaron a la mesa y comieron despacio, sin decir nada. Luego fueron a la sala, jugaron parques y cuando se acercaba la hora hablaron de lo que ocurriría. ¿Somos sólo nosotros? preguntaba el papá. ¿Y lo animales? ¿Ellos también se van? Martín no estaba seguro. ¿Hay algo después? preguntó la hermana por enésima vez. Cada cual recibirá lo que a bien merezca, respondió Martín. ¿Qué será del perro sin nosotros? dijo su hermano. Martín no respondió. Los

miró a todos, sonrió. ¿Nos recordarás? le preguntó su mamá.
Siempre, dijo el niño tragándose las lágrimas.

6 GOURMET

Le dijeron que la experiencia sería espiritual, pero él nunca pensó que estuvieran diciéndolo literalmente. Lo tienes que ver por ti mismo, Luis David. Siéntate, pide el menú degustación, y disfruta el trance gastronómico. La que habla es Eugenia, su cuñada, y ésta será probablemente la última vez que esos dos crucen palabra en mucho, muchísimo, tiempo.

Dos días más tarde, tenemos a David sentado a la mesa iniciando el festín. Las entradas son deliciosas, cosas innombrables, cosas indescriptibles, cosas inabarcables con palabras. No exagero: el ochenta por ciento de los ingredientes son africanos y/o asiáticos sin nombre conocido en lengua indoeuropea. Entre estos, se destaca una raicilla seca y rojiza proveniente de Zambia de sabor al principio amargo y luego dulzón, parecida al regaliz, que molida condimenta un plato de lo que parecen ser alubias gigantes pero resultan ser culos de abejorro preser-

vados en vinagre de pomarrosa. Esta raicilla, según me explica la narradora de National Geographic, tiene una probabilidad de uno en un millón de contener una sustancia entre venenosa y alucinógena con efectos similares a los de la ayahuasca, pero una potencia ampliamente superior. Los nativos africanos de la zona donde crece conocen sus poderes y metódicamente detectan las cepas narcóticas y las cosechan aparte, pues sirven para calmar moribundos y niños particularmente activos.

El chef del restaurante, un hombre viajado y culto, también conoce la propiedad de la raíz, y para curarse en salud, dentro del documento que hace firmar a la entrada del restaurante, incluye en letra menuda una cláusula que David obviamente pasó por alto y que libera al restaurante de responsabilidad ante cualquier contingencia digestiva. Este texto le será particularmente útil al chef cuando enfrente en un juicio al hermano de David, que no puede soportar ver a su hermano en semejante estado. No puede.

Y de verdad es triste ver a Luis David así. El otro día vieron sus amigos del trabajo, Chucho y Comegato, y no lo reconocieron. Por supuesto, él tampoco los reconoció a ellos, ni siquiera los vio. Cuando llegaron dijo algo que sonó como “La nieve que cae del cielo me envuelve”. Es difícil adivinar cuál es la manera como David nos percibe. A veces pareciera que existe en un lugar distinto. Y no es sólo su ausencia, sino la na-

turalidad con la que cruza paredes, o flota sobre una avenida, como si fuera lo más normal del mundo. Rita, la enfermera, que se las apaña como puede para estar casi siempre a su lado, dice que a veces habla sin emitir sonido, como si conversara con fantasmas.

7 MÉDIUM

1

Cuando Eugenia nació viajamos a la colonia para que Amanda la conociera. Llegamos al mediodía, poco después del almuerzo, y una enfermera joven nos acompañó hasta su habitación.

Ahí estaba. Leía el periódico. Eso hacía todo el día. Primero el crucigrama, luego el problema de bridge y finalmente las noticias. No le gustaba hablar con nadie. Apenas salía al patio que rodeaba la casona. Odiaba la silla de ruedas. Cuando entramos levantó la mirada, se acomodó las gafas y se arregló la falda. Tenía un lápiz en la mano. Juliana llevaba a la niña en brazos con el vestido azul de flores que le había regalado mi hermana. Yo empujaba el cochecito vacío. Una vez junto a su cama tomé a la niña y se la enseñé.

“Te presento a tu nieta”, le dije. Sonreí con incomodidad, a sabiendas de su estado. Hice un gesto para que la cargara pero no hubo respuesta.

“Parece muerta”, dijo en cambio. Apenas la miró.

“Está dormida, mamá, no seas así.”

“No, Manuel, parece muerta. Llévatela, no quiero verla. Tampoco esperes que me alegre por ti.”

Juliana se echó a llorar, me quitó a la niña y salió corriendo. Yo arrastré el coche tras ellas. De camino a la ciudad Juliana me hizo prometerle que nunca regresaríamos juntos a ese lugar, que nunca más la obligaría a visitarla.

Fue la única vez que Eugenia y Amanda se vieron, que yo sepa.

2

Amanda murió el preciso día cuando Eugenia cumplió seis años. Dicen que las últimas noches lloraba mucho. Se quejaba. Preguntaba por sus hijos, por su marido, por su papá. Su tiempo había colapsado. De su muerte nos enteramos tres días más tarde pues estábamos de viaje. Debo admitir que la noticia fue un alivio para todos. Habían sido ya muchos años de sufrimiento. Mi hermana, alma bendita, hizo los arreglos y Amanda fue enterrada junto a mi papá en el mausoleo familiar. Fue una

ceremonia discreta. Apenas asistimos mi hermana, su marido, Juliana y yo. Dejamos a Eugenia y Federico en casa con la criada.

3

Las pesadillas de Federico se iniciaron una o dos semanas más tarde. Siempre había tenido el sueño difícil, pero esto era distinto. Era viernes y acababa de regresar a la casa del trabajo. Juliana me acompañaba mientras comía cuando oímos gritos en el cuarto de los niños. Subí corriendo y encontré a Federico oculto bajo las cobijas gritando descontrolado. Eugenia, parada sobre su cama, lo miraba entredormida. Prendí la luz y le pedí que se calmara. Lo saqué de su escondite y lo abracé. “No pasa nada”, le dije. “Todo está bien. Es sólo un sueño.”

“¿Ya se fue?”, me preguntó. “¿Estás seguro de que ya se fue?”

“Claro que sí, Fede, era una pesadilla. No tienes nada que temer.”

“¿Eugenia está bien?”

Así fue a partir de entonces por los siguientes tres meses. Primero un par de veces por semana. Luego casi cada noche, cada hora de sueño. Estábamos desesperados. Siempre era lo mismo: primero los gritos, luego el llanto, luego el miedo de que lo que quiera que fuera siguiera ahí. Nunca ahondaba demasiado y arrancaba a llorar si lo presionaba para que nos contara. “No recuerdo”, decía. “Tengo miedo.” Cuando lo abrazaba, temblaba. Sudaba mucho. Algunas veces pedía que me lo llevara a nuestro cuarto. Otras, me preguntaba por su hermana. “¿Dónde está Eugenia? ¿Está bien?”

Lo llevamos al médico. Nos recomendaron a un psicólogo que a su vez nos remitió a un psiquiatra. “¡Es muy pequeño para psiquiatras!”, se quejaba Juliana en el teléfono con sus amigas pero lo llevamos a uno y a otro y luego a un neurólogo que lo devolvió al psiquiatra asegurando que no había nada malo con él. El psiquiatra dijo que tal vez sería conveniente medicarlo para que pudiera dormir. “Un antidepresivo suave”, nos explicó. “En casos como este es lo más recomendable. Ya verán cómo hace todo más fácil.”

5

Y sí, lo hizo fácil. Las pesadillas se desvanecieron pero con ellas se fue Federico. Poco a poco, casi sin que nos diéramos cuenta. Dormía cada vez más. Casi no hablaba. Vivía en un estado de sopor constante, de ausencia. El psiquiatra intentó modificar la dosis pero el daño ya estaba hecho. Federico jamás regresó. Ayer llegué a la casa y tras comer subimos juntos al cuarto de los niños. Desde que la somnolencia de Federico había empeorado a Juliana le gustaba pasar a revisarlo con frecuencia durante la noche. Cuando abrimos la puerta descubrimos que Eugenia no dormía. Estaba sentada en su cama con su lámpara de noche encendida. Fingía leer un libro de cuentos. Tenía un lápiz en la mano. No parecía sorprendida de vernos. Al contrario, nos miró sonriente, se arregló la pijama. Nos invitó a pasar con un gesto de la mano. "Parece muerto", dijo en un susurro señalando la cama de su hermano.

6

La última vez que vi a Amanda estaba sentada viendo televisión en la sala de la colonia. Le traje chocolates, libros y revistas. Parecía feliz de verme. Me preguntó por Juliana. Le extrañaba que no viniera aunque nunca preguntaba por los niños.

“Dime la verdad, Manuel, ¿tienen problemas?” Preferí evitar el tema. Ya no era para ella. Le hablé de mi trabajo, de los viajes y también de un encuentro reciente con un amigo de mi papá que le enviaba saludes. Al principio no lo recordaba. Tenía un apellido extraño que siempre olvido.

8 ROBOT

Rubaldo no ha estrenado su bicicleta porque Tamayo, el matón de la cuadra, lo amenazó. Lo veo por ahí, Murcia, le dijo, y le pasa lo que le pasó al mueco Herrera.

Comportamiento condicionado (experimento irrepitable): Rubaldo se columpia en el parque intentando, por todos los medios, lograr la vuelta entera. Él sabe que se puede. Damaris Herrera, su mejor (único) amigo, pedalea a toda velocidad en la cancha de baloncesto. Tamayo está sentado con unos amigos al lado de la cancha. Tamayo ve pasar a Herrera en bicicleta y lo señala. Dice algo. Todos se ríen. Herrera pasa de nuevo, Tamayo hace un gesto con la mano que sólo gana sentido tres vueltas más adelante, cuando la mano efectivamente dispara, como una lanza, un palo largo que un amigo de Tamayo le arrancó a un arbusto junto al balancín. El palo largo sale despedido, se cuelga entre los rines de la rueda delantera, la rueda sigue

girando hasta donde alcanza y luego la bicicleta intenta copar como puede con la inercia acumulada. Tamayo se ríe. Así nace el mueco Herrera.

Total es que Rubaldo nunca estrena su bicicleta nueva, la que le regaló su abuelito de navidad, y cuando se mudan de casa dice que no se la lleva porque no sabe usarla y ya no está en edad de aprender. Es un niño muy maduro para su edad, dice su mamá excusándolo.

Por tres o cuatro años, mientras sus compañeros sobreviven la edad del bicicross urbano improvisado, Rubaldo Murcia se transforma en un paria, y se dedica en solitario a los columpios, primero, y luego a la masturbación compulsiva. Nunca consigue dar la vuelta entera. Podría decirse que en esos años se gesta, se programa, cicatriza, ese rasgo de la personalidad de Rubaldo que, treinta años más tarde, el mundo entero tendrá oportunidad de apreciar por televisión cuando empiecen a aparecer las víctimas de su sorpresivo ataque psicótico.

Treinta años más tarde, Rubaldo es un ejecutivo de rango medio de una exitosa agencia de publicidad. Tiene a su cargo a catorce empleados. Es un jefe respetuoso y amable. Siempre se acuerda del cumpleaños de todo el mundo. Un memorando de la dirección general llega a su despacho: con el propósito de afianzar los lazos entre los empleados e incentivar el trabajo en equipo, la subdirección de recursos humanos ha

programado una salida de campo. La salida será coordinada por una reconocida compañía colombo-holandesa de afiliación zen-ambientalista. Rubaldo sigue la orden y distribuye la información del memorando a todo el personal. Ese mismo sábado compra el equipo requerido en su tienda de deportes favorita. También compra una Magnum 9mm (“Baby” Desert Eagle de diez cartuchos) y munición. Al llegar a la casa le pide a su mujer un vodka, eso dice durante las indagatorias. El abogado le pregunta que a qué mujer se refiere y Rubaldo señala un espacio en blanco frente a él, junto a la puerta del despacho. A ella, por supuesto, dice. Manda un beso al aire. El fiscal mira hacia la puerta. Ajá, ¿y luego qué pasa?, pregunta. Luego hacemos el amor intensamente, como todas las noches, responde Rubaldo y se sonroja.

La siguiente semana transcurre sin contratiempos. La feria es todo un éxito y el contrato con la empresa de cuadernos es nuestro. Maritza, su secretaria, dice que Rubaldo lucía nervioso y en la reunión de los jueves habló más de lo acostumbrado. El tema de la reunión, en esta ocasión, fue “El liderazgo distribuido”.

El sábado, un bus los llevó fuera de la ciudad, donde los esperaba un equipo de despampanantes rubias y un lote de bicicletas de montaña con las cuales llevarían a cabo la primera misión. Las rubias hablaban en inglés y una de ellas leyó rápi-

damente las instrucciones. Rubaldo, enérgico, tomó la primera bicicleta (de color verde), se montó en ella, y pedaleó con decisión pero sin técnica loma abajo hasta caer en una zanja veinte metros más adelante. Las rubias, al unísono, se rieron, y Rubaldo le cuenta al fiscal que una de las risas era la de Tamayo, un amigo de infancia. Le tiembla la voz. ¿Entonces Tamayo era una de las rubias?, le pregunta el fiscal. Sí, señor. Estoy seguro, le responde Rubaldo. ¿Nos puede decir cuál de ellas?, le sugiere el abogado defensor. Todas ellas, doctor Umaña, asegura Rubaldo, todas. El abogado defensor asiente. No es necesario ahondar, ya está todo dicho. El juez no está de acuerdo e invita al fiscal a proseguir el interrogatorio. Rubaldo cuenta todo, pero mejor no entremos en detalles. Rubaldo habla hasta que se le acaban las palabras y luego nunca vuelve a decir nada. Basados en el testimonio de Rubaldo, el fiscal y el abogado escriben un libro al respecto cuyos derechos de adaptación al cine compra Wes Craven. Se vuelven millonarios. Rubaldo pasa sus días en el frenocomio columpiándose, y contando hasta siete. A veces canta. Parece un orangutan en una jaula.

9 SATÁN

Como mi amigo del ejército que era satánico, leía la biblia en griego y era también fluido en latín. Los sargentos lo acusaron de maldecir el batallón.

Todo porque escribió apartes del Apocalipsis en las paredes de un cubículo del baño. Y porque leía el tarot gratuitamente y a domicilio.

Se acercaba a la gente y le decía: hoy, por la mañana, las cartas me hablaron de usted.

Una vez, en medio de un cambio de guardia de alojamiento de madrugada, le pedí que me leyera las cartas. No tenía sueño. Me respondió que esas cosas no funcionaban así. Las cartas, me explicó, hablarían de mí cuando necesitaran hablar de mí. Nunca antes.

Había un cabo que le tenía miedo. Lo evadía. Bajaba la cabeza cuando él lo miraba. Empezó a llevar un rosario visible al

cuello. Mi amigo se burlaba de ese cabo. No entiende nada, me decía. No es a mí a quien debería temer.

Cargaba una piedrita negra en el bolsillo. Decía que era un talismán. Decía que una piedra pequeña, como esa, bastaba para descarrillar un tren y cambiar el mundo.

Llevaba un diario. Y dejaba anotaciones crípticas en la minuta del alojamiento.

“Soy el que soy”, escribía, por ejemplo, al inicio de cada anotación.

Algunas las terminaba con “En el nombre de Satán”. Pero un día un teniente las leyó, no le gustaron, y lo puso a voltear hasta que se despencó. Santo remedio.

Cuando lo echaron de la compañía Santander lo mandaron a la lavandería.

Luego empezó a correr el cuento de que lo habían pillado tirando con la señora de la lavandería sobre la ropa sucia. Tenía pelo en la espalda.

Dicen que ese tipo sabía que alguien iba a morir antes de que pasara el accidente de la M60 en la casa de campo del presidente. Se lo había dicho a su compañero de catre. Le había dicho: mañana va a pasar algo y será triste. Tal cual.

Dicen que cuando estaba dormido hablaba en lenguas con una voz aguda y seca que despierto no tenía.

De hecho por eso fue que lo echaron de la compañía Santander.

Una vez me confió que sabía cómo desaparecer.

Una vez me dijo que él era bisexual pero que casi ningún tipo le gustaba. Sólo yo.

Varios años más tarde me lo encontré en Unicentro. Trabajaba en la librería nacional. Nos abrazamos. Me contó que había empezado a estudiar humanidades clásicas en la universidad pero dejó embarazada a la novia y le tocó ponerse a camellar. Qué hay de usted, me preguntó. Le conté mi vida. Nada lo sorprendió.

Los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean. Pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo no tiene jamás perdón. Es reo de juicio eterno.

—Marcos 3:28-29

10 NIÑO

Por lo general preferimos no mencionarlo, pero en el fondo de la casa, en esa habitación pequeña junto a la cocina que mi abuelo usaba de depósito de herramientas y armerillo, hay un armario que nadie abre por temor a que vuelva a aparecer el niño. Cuando aparece, el niño tiene una granada en la mano. Aunque es evidente que habla, el niño no emite sonido alguno. Elige un interlocutor y le habla. A veces es posible reconocer palabras, leerlas en sus labios. Me dice “papá”. Se ríe. Sonríe. Muestra su granada nueva y grande. La ostenta. Apenas le cabe en las manos. Se nota que pesa. Luego, de un golpe, saca el seguro y se ríe más con risa y mirada de niño malvado que todavía no sabe en qué consiste su maldad. No hay manera de impedir que esto pase. Una vez el niño aparece, alguien en la casa debe resignarse a verlo explotar.

And death shall have no dominion.

—Dylan Thomas



J. A. MORENO, M.Sc., Ph.D. (Bogotá 1977- Iqaluit 2010). Tras completar sus estudios de matemáticas decidió convertirse en mercenario. Murió despedazado en Nunavut, durante la segunda campaña de la guerra contra los osos. *Inframundo* es un libro póstumo. Desde ultratumba, el autor quiere aprovechar este espacio para expresar su confianza en La Bondad y en La Estructura Subyacente.

Disponible para descarga gratuita en:
<http://finiterank.com/inframundo>